

sados y conciliadores como yo, sino grandes desencantos y trastornos cerebrales? ¡No sabes con qué ansia aguardo el momento de salir á respirar aires libres y más sanos, fuera de la atmósfera candente en que nos abrasamos aquí los desdichados á quienes el patriotismo obliga á encadenar hasta sus afectos más íntimos al presidio de los negocios del Estado!... Tienes mi permiso para retirarte, Simón... ¡Ah! se me olvidaba... y vaya la noticia por lo que has de gozarte en ella, no porque yo la dé la menor importancia, ni deje de considerar el suceso como un tardío acto de desagravio, por parte del desagradecido Gobierno: lo de mi senaduría es cosa acordada, al fin.

—Reciba Vucencia por anticipado la más humil , pero la más cordial de las felicitaciones.

—Esas, para la patria, Simón, que tan necesitada está de reparaciones de esa índole, aunque te suene el reparo á vanagloria. De todas suertes, gracias por la cariñosa enhorabuena... y Dios te guarde.

XII.

En ningún capítulo de los *Apuntes* que me sirven de guía en este relato hay mayores despilfarros inútiles de tiempo y de imaginación, que el en que la redactora da cuenta del viaje, proyectado algunos renglones más atrás. Es, en su mayor parte, un verdadero artículo de Revista, escrito, por una observadora tan impresionable como inexperta, á través de sus debilidades de sexo y de sus preocupaciones demasiado *subjetivas*. Échase de ver desde luégo en tan prolija tarea, que en las últimas entrevistas de Verónica con Pepe Guzmán, el empeñado duelo no pasó de un nuevo cambio de estocadas, como si cada combatiente pusiera mayor ahinco de defenderse que en herir, desde que por primera vez cruzaron los aceros en la boda de Sargrario. Pesa, mide y compara, con escrupulosidad de alquimista, cada gesto y cada frase del recelo galán; asómale la impaciencia á cada momento en los puntos de su pluma; traslúcese el desasosiego á cada instante; danle motivo todo lugar y cualquier suceso para recordar al invulnerable y

discurrir sobre estas cosas, y aún protesta de que en tan invencible y tenaz empeño no entra para nada el interés amoroso; que todo es obra de la curiosidad, tan vehemente y disculpable en las mujeres en casos tales, y que su corazón continúa siendo víscera simplemente, sin un latido ni una sensación de más ni de menos que lo regular y ordinario. Podrá ser aprensión mía; pero es la verdad que leyendo estas largas disertaciones, se me vienen á la memoria los niños que se tapan los ojos para no ser vistos.

La primer etapa de los expedicionarios fué París, según costumbre, y la estancia allí, la más larga de todas las del viaje. Consultó la enferma con las eminencias del «arte de curar,» y ninguna de ellas dejó de prometerla un pronto y radical alivio... ni de aconsejar á su familia que la volviera cuanto antes á su casa, porque quietud, sosiego y «auras domésticas» era lo que principalmente requería la incurable enfermedad de aquella señora... En fin, lo que la había aconsejado en Madrid su médico de cabecera. Pero declara ya su hija terminantemente que su madre no viajaba con la esperanza de curarse, sino con el propósito de divertirse así; y añade que este reparo se opuso al dictamen, tan bien expuesto y mejor cobrado, de las eminencias; que éstas le aceptaron por suyo reverentemente, y que se le ofrecieron á la marquesa bien diluído en un risueño plan de correrías por los balnearios y sitios de recreo más elegantes y aristocráticos de Europa (igual á lo acordado

por las eminencias de Madrid después de haber conocido los deseos de la enferma), y que se determinó que fuera Interlacken, donde nunca habían estado, la segunda etapa de la recreativa expedición. Verónica hubiera preferido otro rumbo, Vichy, por ejemplo; y no porque Pepe Guzmán se hubiera despedido para aquellas aguas, que tomaba todos los años para curar ciertos desarreglos de su estómago, puesto que la había dado su palabra de encontrarse con ella «donde menos lo pensara,» sino porque... «cada cual tiene sus gustos.»

Pero si dejó de ver en el Pirineo francés á su amigo tan estimado, en el corazón de la Suiza se halló con otro que no valía menos, según la fama, si se pesaban ambos en oro. Porque allí estaba don Mauricio *el Solemne*, una semana hacía, á curarse sus achaques nerviosos con aquellas duchas de hielo derretido. Este pretexto alegó, al menos, para explicar al marqués su estancia inesperada allí: inesperada, porque de todo había hablado á su ilustre amigo al despedirse de él en Madrid, menos de que padeciera tales achaques, ni de que intentara curarlos de aquel modo ni en aquel sitio. Ciertamente que no estaba el banquero en el pleno goce de su natural imperturbabilidad cuando estas cosas decía, como no lo había estado cuando se halló de improviso, en el mismo hotel que habitaba, con la presencia de sus egregios amigos; que á este mismo «fenooómeeno» se agarró él como prueba de la existencia de la enfermedad, y que afirmó que la había cogido repentinamente una noche, muy

pocas antes, en lo alto de la calle de Alcalá, hablando, desabrigado, con el ministro de Hacienda. Pero tan mal le iba con el tratamiento aquel, en mal hora aconsejado por su médico de cabecera, que tenía resuelta su marcha á París en el mismo día, no obstante el nuevo y poderoso *atrazativo* que tenían para él aquellos lugares «desde que los honraban tan excelentes y tan *inolvidables* amigos.» Esto de «inolvidables» se lo espetó á Verónica en un memorial de mirada triste, con el correspondiente tirón de patilla; el cual memorial fué contestado con una sonrisa... de las de Verónica, la cual sonrisa debió sentarle al *recurrente* como si le afeitaran en seco.

Y como lo dijo lo hizo. Salió *en posta* de Interlaken aquel mismo día, sin aguardar á sentarse á la mesa; y detrás de él, y con el mismo rumbo, una dama solitaria, de gran porte y «cierta traza,» que había llegado con el banquero mismo, y comía á su lado, y á su lado habitaba en el hotel; es decir, abique en medio.

—¡Y pensará el simplón que no le he sorprendido el contrabando!—díjose, muy *aparte*, el marqués, cuando se enteró de todos estos tejemanejes. —¡A mí con esas disculpas de colegial! ¡Al que ha sido cocinero antes que fraile! ¡Semejante majaderote! ¡Como si tuviera el lance nada de particular, ó nos interesara á nosotros cosa alguna!

Y no se habló más de este suceso en la familia del marqués, ni había para qué tampoco.

Escaseaba mucho todavía la gente de lustre en

aquel sitio; y con esto y con no sentarle bien el clima á la marquesa, condújosela á otro más de su gusto. Y no digo á cuál, porque si fuera á seguirla paso á paso en el camino de aquellos sus antojos de rica vanidosa, incurriría yo en el mismo defecto que he tachado en el correspondiente capítulo de los *Apuntes*.

Mas por grandes que sean mis propósitos de reducirme todo lo posible en mi tarea, no he de omitir siquiera la mención de lo que más halagaba y seducía los apetitos del marqués durante su peregrinación por tantos y tan culminantes lugares: las celebridades políticas de todos los Estados europeos, que veraneaban dispersas, y con las cuales se topaba acá y allá, con sus respectivos cortejos de admiradores y de parásitos; los estadistas de segunda categoría, harto más ceremoniosos y teatrales que los de primera; los unos haciendo vida aparte y dejándose sentir, como el sol, desde muy lejos, ó entre nubes; los otros, invadiéndolo todo con su pompa de relumbrón, presidiendo las mesas, los bailes, las jiras y hasta las salas de duchas ó de inhalaciones... ó la ruleta; pero los otros y los unos asediados por legicnes de babiecas y por el espionaje de los *reporters*, para apuntar lo que dicen, lo que piensan, lo que comen, si se bañan, si se ríen, si meditan, si se enfadan, ó si tosen ó estornudan, y estamparlo como noticias de sensación en los periódicos de mayor renombre, con las más peregrinas conjeturas sobre el influjo del suceso en la política internacional. Y á los ca-

sinos llegaban estos y otros cien periódicos más de todas las naciones, y en todos ellos danzaban las noticias y las conjeturas, con otras semejantes y nuevos comentarios de propia cosecha, anunciando entrevistas, desentrañando frases, prediciendo resultados, y dejando muy tirante la curiosidad de los lectores con la promesa de nuevos acontecimientos para el día siguiente.

Y el marqués devoraba estos periódicos, y contemplaba en éxtasis á aquellos hombres que tanto les daban que decir; y se comparaba con ellos, y no se veía más bajo, ni menos ostentoso, ni menos solemne, ni menos «honorable:» ninguno tomaba tan en serio como él eso de «los organismos políticos,» «las energías de la patria,» «el sentimiento público,» «la alteza y respetabilidad de los cuerpos colegisladores» y otras cosas tales; ninguno le ganaba en desinterés, ni en celo, ni en instinto político, y pocos, muy pocos, llegarían á aventajarle en el modo y manera de utilizar con honra propia y decoro del sistema «la tribuna del Parlamento.» Esto era «obvio, de toda notoriedad é inconcuso,» y, sin embargo, su nombre no aparecía jamás entre aquellos otros, tan traídos y tan llevados, ni había un papanatas que le siguiera, ni un mal periodista que le preguntara su parecer sobre la política del Czar y las últimas circulares de nuestro ministro de Estado. Citábasele alguna vez entre los bañistas más distinguidos, recién llegados; cortejaban á su hija algunos insípidos gomosos, porque era guapa y afamada de rica, y pare usted de contar. Pe-

ro ¿qué diablos valía todo esto para un hombre de su estirpe, de sus nobles ambiciones y... sí, señor, de su significación é importancia, por donde quiera que se le considerase? Caprichos, veleidades de la fortuna, del «hado» quizás... porque el marqués estaba persuadido de que á los «hombres públicos» los forman las circunstancias, un momento de la vida, un «choque fortuito» de la piedra contra el acero, que hacía brotar la luz de repente. Así entendía «el hado» el buen marqués.

Entre tanto, lejos de desalentarse en su empresa, cada día buscaba con mayor empeño ese instante, ese fortuito choque, y no perdía ocasión de arrimarse á los privilegiados para hombrarse con ellos y meter la cuchara en sus conversaciones. Y así pasaba el tiempo en las etapas de su viaje, y aun en todos sus viajes de veraneo, si no satisfecho de los resultados obtenidos, porque el choque no se verificaba ni la luz se producía, consolado al menos con la ilusión de que las gentes, viéndole tan bien acompañado, le tomarían por lo que no era, es decir, por lo que deseaba ser.

Corriendo los días y rodando los expedicionarios, tan pronto en un puerto de mar como en una estación de secano, arrastrándose más que caminando la marquesa, á quien apenas bastaba una semana de reposo por cada hora de jornada, ninguno de los tres recogía el fruto sazonado de sus ilusiones: el padre, por lo que se ha visto; la madre, por lo que fácilmente se adivina, por enormes que sean las dosis de vanidad y de tonta presun-

ción de que la supongamos henchida, y la hija, porque, á medida que el tiempo pasaba sin que se cumpliera la promesa que en Madrid había hecho Pepe Guzmán de encontrarse con ella «donde menos lo pensara,» crecían sus impacencias «por el natural é insignificante deseo de salirse con la suya;» y la suya era que no se encontraría en parte alguna de su expedición veraniega con Pepe Guzmán; y no encontrándose con él, estaba autorizada para decirle, en broma, por supuesto, en cuanto le viera en Madrid: «¡valiente palabra es la palabra de usted!» Y con esta sola preocupación, se pagaba bien poco de todo lo que hallaba al paso; de preparar el éxito de sus exhibiciones en playas, alamedas y espectáculos, y mucho menos del tributo ofrecido á su belleza por la turba de tenorios contrahechos, que á eso van á los «centros elegantes,» y aun por otros admiradores de más seso y mejor arte.

En Baden-Baden halló el rastro de su amiga Sagrario, que andaba recorriendo el mundo en su viaje de novia. Había dejado allí fama de hermosa, de elegante y, sobre todo, de desenvuelta. Se hablaba mucho, muchísimo, de sus *hechicerías*, entre los hombres, y de su «provocativo *sans façon*,» entre las mujeres. Cuando tenía el *sitio* hecho un volcán de intrigas, de deseos, de cálculos y de murmuraciones, desapareció repentinamente con su marido, porque éste, que no salía de la ruleta, perdió en una noche cuarenta mil duros, sobre otros veinte mil que tenía perdidos ya; y no se ha-

bía casado ella con Gonzalo Quiroga para eso, sino para cosa muy diferente. Esto se decía y se propalaba por aquellos ámbitos henchidos de la fragancia de todas las pasiones, buenas y malas, pero muy elegantes, y de nada se asombró la recién llegada madrileña, porque lo uno lo consideraba verosímil y hasta necesario, y de lo otro sabía que era la pura verdad.

Sucesos harto más graves la aguardaban en Spá. Por de pronto, se encontró allí con amigos de su mayor intimidad; como que eran Leticia, su marido y el subsecretario de Gobernación; y ya se supondrá que no cuento este hallazgo entre los sucesos graves á que me he referido, aunque alguna gravedad revestía la altivez del continente de la primera, frente á la actitud algo airada y como rencorosa del tercero; pero más grave fué una estocada que este funcionario español atizó, en la madrugada del día siguiente, á un príncipe ruso bruñido á la francesa, que campaba en el sitio por su riqueza, por su boato y hasta por su estampa original y castiza. Tampoco fué lo grave la estocada porque pusiera en riesgo de muerte al príncipe ruso, pues no llegó tan adentro «la acerada punta,» sino por el ruido que hizo y lo que dió que hablar á las gentes, y que temer á la impávida Leticia, y que hacer á la misma Verónica para ayudar á su amiga á convencer al subsecretario de que ciertos sucesos, aunque se vean con los ojos y se palpen con las manos, no son lo que aparentan, sino quimeras de la imaginación ofuscada.

Pero lo más original y lo verdaderamente grave del suceso, mirado á cierta distancia, fué que el general Ponce, es decir, el marido de Leticia, apadrinó al subsecretario en su duelo con el ruso; en honor de la verdad, no porque llevara el apadrinado su frescura al extremo de solicitar del otro un favor tan señalado, sino porque el arisco veterano, al saber de qué se trataba, por rumores llegados hasta él, «como amigo, como soldado y como español,» no quiso que nadie se anticipara á prestar ese servicio á su ilustre compatriota. No hay para qué advertir que este detalle sonó en la *colonia* elegante y desocupada mucho más recio que la estocada y los motivos de ella. En cuanto al general, cumplido su deber de amistad, de soldado y de español, y altamente satisfecho de su conducta, se volvió á sus reales, es decir, á pasarse todo el día y parte de la noche con un periodista madrileño, desollando al ministro de la Guerra y proporcionando la metralla con que el primero le fusilaba, un día sí y otro no, desde las columnas de su periódico. Ni más veía, ni en otra cosa pensaba, ni de otros jugos se nutría la fibra de su naturaleza.

Pensó Verónica, como lo hubiera pensado cualquier otra mujer de honrado temple, que después de aquel ruidoso acontecimiento su amiga abandonaría á Spá con cualquier pretexto; pero no la conocía bastante, con creer conocerla muy á fondo. En el de Leticia existían alientos para resistir aquel empuje y mucho más.

—Mi fuga—dijo á su amiga, hablando con ella de estas cosas,—sería la confirmación de los rumores. Otra mujer en mi caso, aun pensando esto mismo que yo pienso, huiría por no atreverse á quedarse; pero á mí no me espanta la fiera, y ya verás cómo la domino.

Y nunca se la había visto en público tan serena, tan elegante, tan hermosa ni tan envidiada, como se la vió después del «grave suceso,» ni se había mostrado delante de la gente tan expresiva ni tan afable con el subsecretario de Gobernación, ni tan atenta y cortés con el príncipe ruso, que, por cierto, no tardó tres días en largarse de allí.

No tuvo Verónica motivos para dolerse de la resolución tomada por su amiga, pues su compañía y su serenidad la sirvieron de mucho en el verdaderamente «grave suceso» que aconteció en breve, seguido de otro tan grave como él. Y fué que hallándose departiendo el marqués y el general, momentos antes de sentarse á la mesa, y paseándose á lo largo del salón contiguo al comedor, y estando la porfía en lo más candente, es decir, sosteniendo el segundo que todas las desventuras de España procedían de la incapacidad y de los desaciertos del ministro de la Guerra y de todos sus antecesores, y templando el primero sus crudezas con reposadas y campanudas reflexiones sobre el necesario «concurso de las fuerzas vitales del país» y «el engranaje de la máquina gubernamental,» de pronto le faltó la palabra precisa; valióse de otra menos propia y muy mal pronunciada; esparcióse

sobre el sonrosado color de su rostro un tinte lívido; lanzó un áspero quejido por su boca, que se torcía por momentos, y reviró los ojos; y á no haberle recibido el general entre sus brazos, hubiera dado el pobre marqués con su oronda humanidad en el santo suelc.

Lo que allí sucedería después, no hay para qué referirlo. Conducido á su habitación y puesta en movimiento media casa, sometióse al tratamiento que la ciencia tiene menos desacreditado para esos lances, y se esperó el resultado de él y el de la primera consulta que celebró un rebaño de doctores que fueron acudiendo alrededor del paciente, los más de ellos sin que nadie los llamara. Tras una hora de encierro en el cuarto inmediato al del enfermo, á quien rodeaban su familia gemebunda y cuantos españoles hubo en las inmediateces, fueron apareciendo uno á uno los doctores, en larga y solemne procesión; cediéronles los profanos el sitio en derredor del lecho; tomó la palabra el menos joven y más estirado de los médicos; dijo que estaban perfectamente de acuerdo todos los profesores allí reunidos, lo mismo sobre el pronóstico que sobre el diagnóstico de la enfermedad que aquejaba al señor marqués; que aprobaban lo que hasta entonces habían dispuesto los dignísimos compañeros que se les habían anticipado en el honor de prestar los primeros auxilios al ilustre paciente; que volverían á reunirse dentro de dos horas, y que buen ánimo, entre tanto, para conllevar la inevitable pesadumbre por lo ocurrido... con lo

cual, y una ceremoniosa inflexión de cuello y de espinazo, salió de la estancia seguido de sus compañeros, lo mismo que habían entrado, uno á uno y con la respectiva inflexión de cuello y de espinazo, graves, muy graves todos, y á cual más limpio y taciturno.

Afortunadamente, lo del marqués no fué tanto como parecía. Rehízose un poco su naturaleza á las pocas horas; al amanecer conoció á su familia y á sus amigos; articuló algunas palabras; movió los miembros, antes paralizados, y al mediodía del siguiente pronosticó el senado de doctores, en su tercera consulta, que sin una complicación inesperada, por obra de algún fenómeno patológico, el ilustre enfermo entraría muy pronto en una franca y satisfactoria convalecencia.

Ya las nubes de la tristeza se rasgaban y difundían hasta transparentarse, en aquella mansión, poco antes de lágrimas y sobresaltos, cuando la marquesa, que se había quedado en la cama aquel día para restaurar un poco las fuerzas de su trastornada máquina, puestas en los límites de la extenuación con los recientes sustos y el anterior ajetreo de su larga peregrinación, sintió de pronto tales espasmos, convulsiones y desfallecimientos, que pensó que su vida terminaba en aquel trance; y lo mismo pensaron su atribulada hija y las gentes que con ella acudieron á socorrerla. Por consiguiente, nuevos apresuramientos, nueva irrupción de doctores, nuevas consultas y nueva serie de larguísimas horas de angustias y sobresaltos para

la pobre joven que, en aquella apuradísima situación en que se veía, se juró á sí propia emprender la vuelta á Madrid por el camino más corto, tan luégo como los enfermos se hallaran en condiciones de ponerse en viaje, si Dios no había decretado que le hicieran al otro mundo sin salir de la cama.

Pero también se resolvió en el mejor de los sentidos la crisis alarmante de la marquesa; sólo que al paso que el restablecimiento de su marido llevaba trazas de ser completo y sin dejar el menor rastro de la enfermedad vencida, el de ella caminaba paso á paso y mal seguros, con muchos tropezones y algunas caídas. Al fin llovía sobre mojado, y en cada nuevo embate de la enfermedad se llevaba ésta mayor tajada entre las uñas.

Durante la convalecencia de los dos enfermos, Leticia y Verónica, como si quisieran resarcirse de los afanes y tristezas que habían sufrido juntas como dos hermanas, mejor que como dos amigas, hablaron mucho, de muchísimas cosas: de todo menos del príncipe ruso y de su duelo con el subsecretario de Gobernación, y de Pepe Guzmán, que no asomaba por ningún sendero á cumplir la palabra empeñada con Verónica. Entre tanto, el tal subsecretario, el general y el periodista español, no se apartaban un punto del marqués, que ya *estaba en voz* nuevamente y comenzaba á hacer pinitos parlamentarios. Estaba muy satisfecho del interés que se habían tomado por su salud el canciller de acá, el embajador de allá, un ministro del kedive

de Egipto, y cien eminencias más que veraneaban por allí. Esto le confortaba y le reconstituía.

Y hablando hablando Leticia y su amiga, sacó la primera á relucir á don Mauricio *el Solemne*.

—Poco antes de llegar tú—dijo á Verónica,—se presentó aquí de improviso; se encontró con nosotros al día siguiente; y como si le hubiera contrariado el encuentro, aquella misma tarde salió para París.

—¿Solo?—preguntó sonriendo Verónica.

—Solo—respondió sonriendo también su amiga.—Porque por más que se afirmó entre los maldicientes lo contrario, yo creo que nada tenía que ver con él una dama muy aparatosa, de cierto pelaje, que le siguió muy de cerca al marcharse, lo mismo que le había seguido al llegar.

—¿Alta y rubia?—volvió á preguntar Verónica, recordando quizás las señas de la de Interlacken.

—Morena y baja,—respondió Leticia.

—¡Qué voracidad de hombre!—pensó la otra sin pedir ni dar más explicaciones.

Con los equipajes hechos, los convalecientes medio embanastados; en fin, casi con el pie en el estribo ya para volver á Madrid los tres expedicionarios de nuestra historia, dijo Leticia á su amiga al despedirse de ella:

—Sé que el banquero don Mauricio bebe los vientos por tí... ¿No te gusta que te lo diga?... Lo siento, y perdona; pero escucha. Es un *tipo*, bien á la vista está; pero tiene prendas que no puede ni debe desconocer una mujer como tú. Por tanto,

como buena amiga y porque te quiero mucho, te aconsejo que si pide tu mano, no se la niegues.

—Gracias,—respondió la aconsejada, pagando con un beso en cada mejilla de la consejera otros dos que ésta le había estampado en las suyas, con las últimas palabras del consejo, como si hubiera querido pintárselas allí para que no las olvidara.

¡También Leticia! ¿Era aquello una burla ó una pesadilla? El mismo consejo que Sagrario, menos en lo referente á Pepe Guzmán. ¿Por qué esta omisión? ¿Fué por ignorancia ó por malicia? ¡Ah! ¡de qué buena gana la hubiera hecho ella entonces, y aun antes de entonces, por curiosidad se entienda, nada más que por curiosidad, una pregunta! «Vamos, Leticia, con toda franqueza... como si te confesaras conmigo, ¿hasta qué punto llegaron tus *amistades* con él?...» Porque era mucho lo que, de algún tiempo á aquella parte, la mortificaba esta sencilla *curiosidad*.

XIII.

La marquesa llegó á Madrid hecha una lástima; pero el marqués como si nada le hubiera pasado. Algo claudicaba del lado derecho, reparándole bien, y se le torcía la boca al sonreirse, y un tanto desmemoriado se encontraba, en lo tocante á fechas y nombres propios; pero este levísimo rastro de su pasado accidente se borraría muy pronto, como se habían ido borrando otras huellas, harto más hondas, del propio mal.

De muy distinto modo lo veía su hija, que, aun sin lo advertido por los doctores de Spá, tenía en su buen entendimiento la luz necesaria para no engañarse; y con esto, y con la evidencia de que el estado de su madre era gravísimo también; con las tristes deducciones que le resultaban de estas innegables premisas; la relativa soledad en que se encontraba en Madrid, adonde los apuntados sucesos la habían obligado á volver antes de lo calculado, y, por consiguiente, hallándose todavía rodando fuera de la patria todos los amigos de «su mundo;» la negrura de los espacios á que la condujeron sus